

ARMAS



LOS TOXICOS
ULTIMA FASE DE LA ESCALADA



La Casa Blanca, bajo el mandato de Johnson, ha autorizado el empleo en Vietnam de distintos tipos de tóxicos: herbicidas, gases lacrimógenos y vomitivos. En la foto, «paras» norteamericanos envueltos en una nube de gas, en Vietnam. Arriba, máscara anti-gas de fabricación noruega.

LOS gatos y los ratones se llevan buena parte del presupuesto de los Estados Unidos. Muchas de las armas que componen este arsenal anti-ratas han sido ya utilizadas contra la población nativa del Vietnam. El año pasado fueron empleadas también por la Policía norteamericana contra los negros de New Haven. Es evidente que de ahora en adelante se recurrirá cada vez más a ellas cuando haya que desarmar a un enemigo al que no se pretenda matar: los agentes no letales son imprescindibles para la estrategia de la escalada norteamericana.

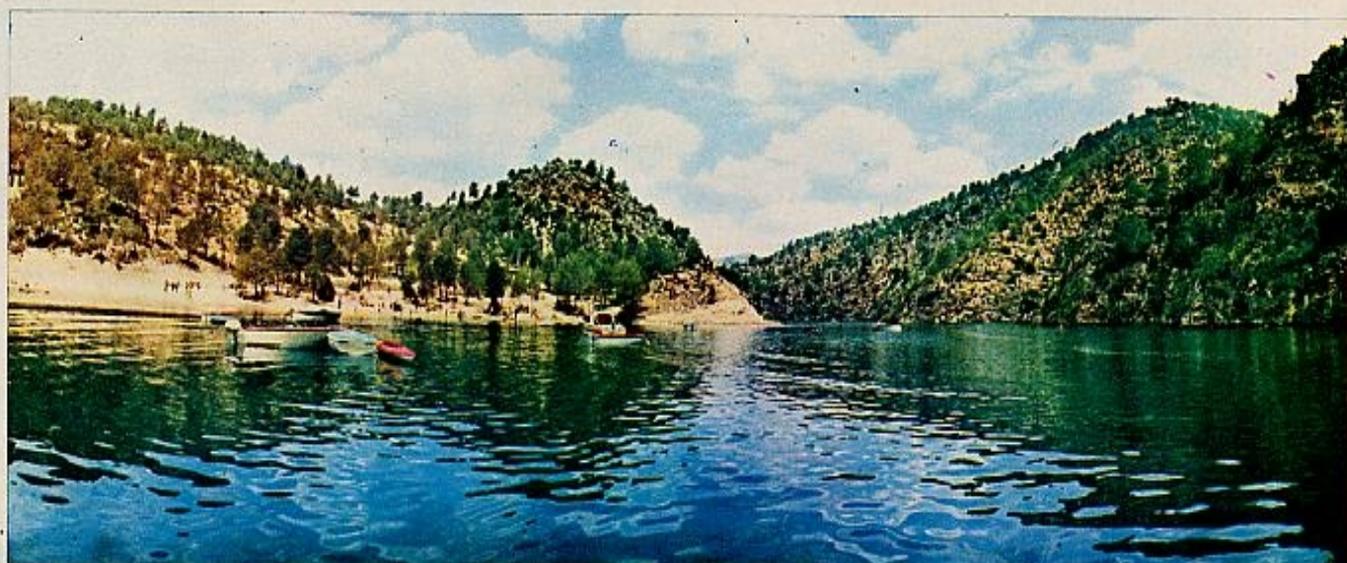
Gases venenosos y productos bacteriológicos han sido considerados siempre como las más inhumanas de todas las armas; en 1943, el Presidente Roosevelt aseguró "que bajo ningún pretexto recurriremos al empleo de tales armas a menos que el enemigo las utilice antes que nosotros". Un general norteamericano se quejó públicamente, cuando terminó la guerra, de que los "marines" no hubiesen utilizado el gas contra los japoneses de Iwo Yima.

El Cuerpo Químico del Ejército norteamericano logró sobrevivir porque supo reconvertir sus armas; al disminuir el poder letal de las mismas podían ya ser consideradas "suaves" y, por tanto, admisibles en la estrategia bélica. Con este motivo se organizó una campaña publicitaria titulada "Operación Cielo Azul", destinada a influir en la opinión pública.

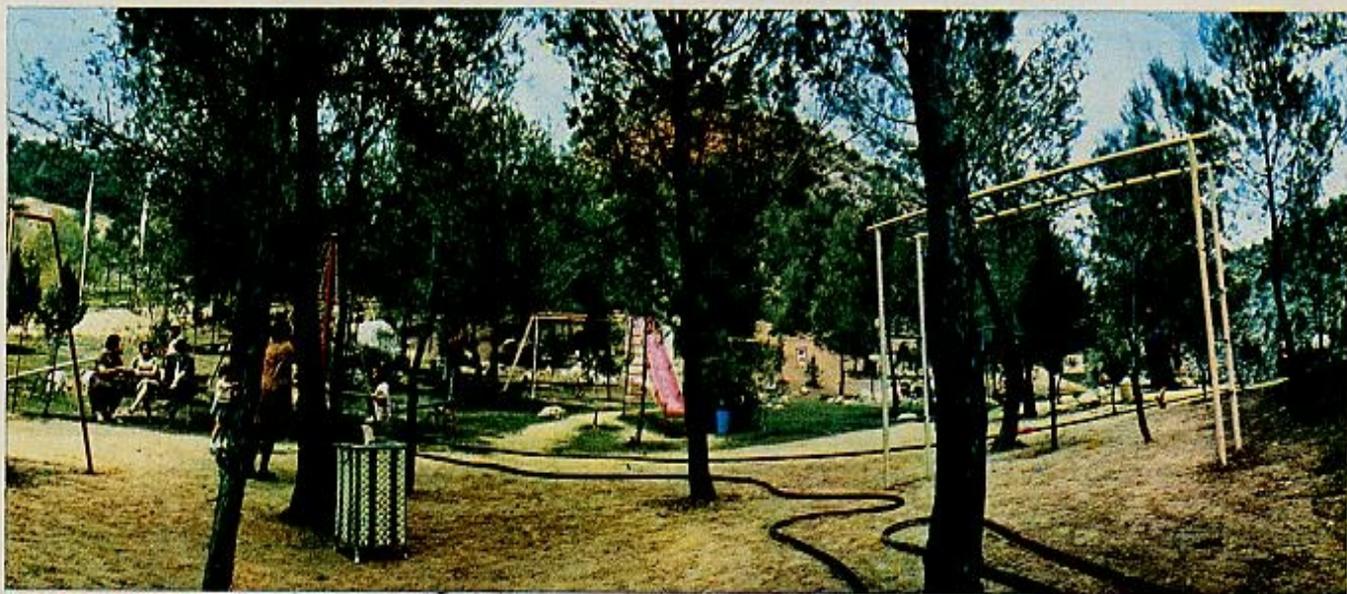
Esta campaña incluía la proyección de un film sobre gases no letales. En esta película se veía cómo un equipo de técnicos del Ejército de Tierra metía un gato en una jaula de cristal y, posteriormente, un ratón. La jaula era tan pequeña que el ratón no podía esquivar a su enemigo, quien lo atacó en el acto. Con ello quedaba demostrado que se trataba de un gato "normal". Cuando el felino se comió al ratón, los expertos contaminaron la atmósfera de la jaula con un gas denominado "psicoquímico". Cuando el gato inhaló el gas, la atmósfera quedó de nuevo purificada. Se permitió, entonces, que entrara en la jaula otro ratón. Esta vez el gato **SIGUE**

PARCELA Y CHALET

desde 25.000 ptas. de entrada y mensualidades de 5.000 ptas.



50.000.000 de m²



NUEVA SIERRA DE MADRID

(A 90 KILOMETROS DE LA CAPITAL)

**EL CONJUNTO URBANISTICO,
RESIDENCIAL Y DEPORTIVO
MAYOR Y MEJOR DEL MUNDO**

INFORMACION Y VENTA

PROMOTORA URBANIZADORA, S. A.-Goya, 47, 7.ª planta-Tels. 275 40 65-275 02 35 • INVERSIONES OPERA - Plaza de la Opera, 1, 2.ª-Tel. 275 67 04
EN EL COMPLEJO TURISTICO: ALBALATE DE ZORITA (LAGO DE BOLARQUE), GUADALAJARA

IMPORTANTE: Visita nuestras exposiciones en Goya, 47, 7.ª planta, y Plaza de la Opera, 1, 2.ª, donde podrá ver maquetas, planos, diapositivas y películas de este complejo turístico y deportivo a nivel europeo.



Venga donde pueda elegir!

Más de 50 variedades en camisas de Sport o de vestir.
Cómodas, elegantes "apasionadamente masculinas".
Confeccionadas para Ud. por Seidensticker en las
mejores calidades de tejidos Terlenka. Lavan fácilmente,
secan con rapidez y, naturalmente, no se planchan.

Terlenka[®]
fibra políester

seidensticker



Seidensticker Española S.A. Tarragona.



Soldados norteamericanos atacan con lanzagases una manifestación de negros en Washington. Foto inferior: bolsas de gases de dos mil galones del Equipo Móvil del Ejército de los Estados Unidos en St. Louis, Missouri, con destino a la guerra vietnamita.



retrocedió mientras daba maullidos de terror.

«Supongo que ustedes estarán de acuerdo conmigo en que este producto ofrece grandes posibilidades», dijo un militar de alta graduación. El locutor era el subjefe del Cuerpo de Artillería del ejército norteamericano, teniente general August Schomburg. Al hablar de posibilidades, el general se refería a una adaptación del gas a usos militares, es decir, que pudiera ser un sustitutivo de la bomba atómica. De esta forma, al no producirse estragos, se evitaría el que los norteamericanos se vieran obligados a sufragar la reconstrucción de los países vencidos. «Sería estupendo —declaró el general Schomburg—. Así podríamos llevar a cabo una guerra sin desgracias personales y daños materiales. Podríamos conseguirlo mediante nubes de gérmenes especiales que respirarían las tropas enemigas. Disminuiría la capacidad de lucha del enemigo y no habría ni muertos ni estragos».

Anteriormente a esta campaña, el general William M. Creasy, jefe del Cuerpo Químico del Ejército de Tierra, había expresado ya los objetivos del Pentágono en un discurso pronunciado a puerta cerrada ante un comité del Congreso norteamericano. El general Creasy reveló que los Estados Unidos disponen de gases que actuaban sobre la mente de los individuos quebrantando su voluntad de lucha. Añadió que con esta nueva arma era posible apoderarse de zonas claves sin disparar un solo tiro. Antes de que desapareciesen los efectos químicos, las fuerzas ocupantes podrían desarmar a sus víctimas y, así, controlar la situación. Según el general, el nuevo agente psicoquímico no sólo produciría una parálisis momentánea, sino una terrible confusión.

La política oficial del Gobierno norteamericano —según la cual los Estados Unidos formarían un arsenal de armas biológicas, aunque sólo echarían mano de él en caso de que otro empezase antes— se abandonó en la era Eisenhower. Durante la guerra coreana algunos acusaron a los Estados Unidos de emplear este tipo de armas. El general Creasy declaró ante el Congreso que «aproximadamente hacia el mes de octubre de 1956 había entrado en vigor una política norteamericana de alto secreto, por la cual las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos podrían tomar la iniciativa en el empleo de tales armas». Esta declaración fue muy censurada por el Pentágono, el cual se negó a hacer declaración alguna sobre el asunto. Bajo Kennedy se dio un nuevo impulso a la tendencia a modificar conceptos estratégicos formulados en la época en que los Estados Unidos tenían el monopolio nuclear. Ya no podían enfrentarse directamente las grandes potencias. Había que prepararse para guerras a pequeña escala, lo cual exigía la fabricación de nuevas armas. Fue entonces cuando nació la política de la «escalada» en Vietnam. El sector que salió más ganancioso de esta política fue el de la guerra química bacteriológica. Antes de la «Operación Azul», el Cuerpo Químico contaba con un presupuesto anual de unos 35 millones de dólares. En 1961, éste alcanzaba ya los 100 millones y en 1964 los 300. A partir de entonces no se han hecho públicas las nuevas asignaciones.

En el curso de los últimos años, los Estados Unidos intentaron por todos los medios demostrar que no hay ningún tratado que les prohíba el empleo de dichas armas en tiempos de guerra.

LOS TOXICOS

Aunque casi la totalidad de las grandes potencias firmaron en 1925 un acuerdo, por el que se prohibía la utilización de las armas químicas y bacteriológicas, el Congreso norteamericano se negó a ratificar la adhesión provisional de su Gobierno a dicho acuerdo. El «Manual 27-10 del Ejército de Tierra» dice textualmente: «Los Estados Unidos no son signatarios de ningún tratado que prohíba o restrinja el empleo de gases tóxicos o no tóxicos con fines bélicos, de humos o materiales incendiarios o de armas bacteriológicas». El «Manual 3-10» dice («Empleo de agentes químicos y bacteriológicos»): «La decisión de utilizar agentes biológicos o químicos, letales o no, es asunto de política nacional. Cuando se decida su utilización, los comandantes de los tres ejércitos recibirán, a través de sus mandos, autorización para el empleo de tales agentes así como las instrucciones pertinentes».

La Casa Blanca, bajo Lyndon Johnson, ha autorizado ya el empleo en Vietnam de varios agentes no letales, entre los que figuran herbicidas con los que destruyen las hierbas que sirven de protección a los guerrilleros del Vietcong, y las cosechas; gases lacrimógenos y vomitivos.

Los dos últimos gases están oficialmente considerados como no tóxicos. Los doctores Victor W. Sidel y Robert M. Goldwyn, de la Universidad de Harvard, en un escrito publicado en 1966 en el «New England Journal of Medicine», afirman que estas armas antidisturbios «paralizan la actividad pero no suelen ser letales, a pesar de que en circunstancias especiales pueden llegar a matar». De esto tenemos una prueba fehaciente en la noticia divulgada por la agencia Reuter el 13 de enero de 1966 según la cual un austriaco resultó muerto y otros seis tuvieron que ser hospitalizados a consecuencia de unos combates librados en túneles al noroeste de Saigón y en los que se habían utilizado gases lacrimógenos. El cabo Robert Bosell, de Sidney (Australia), murió de asfixia a pesar de que llevaba una máscara anti-gas. Según esto deben de ser mucho más frecuentes de lo que se supone las muertes por asfixia de guerrilleros en túneles contaminados de gas.

Describir tales armas como «no letales» es poco realista. Los ataques a las cosechas tiene por único objeto la muerte por inanición de todos aquellos contra los que van dirigidos, y los demás agentes no se utilizan normalmente para capturar, sino para matar. Con la defoliación de los árboles se trata de exponer a los guerrilleros a los efectos de las bombas y el fuego de las armas pequeñas. Y con los gases no letales se les obliga a salir de sus escondites para, luego, atacarles con todo tipo de bombas.

Los gases lacrimógenos y vomitivos se comenzaron a utilizar en las luchas callejeras. Las investigaciones realizadas por el senador La Follette en los años treinta revelaron que el gas se empleaba con bastante frecuencia en los Estados Unidos para disolver manifestaciones de trabajadores. Más recientemente se ha utilizado para combatir a los negros, asimismo norteamericanos. Pero los disturbios raciales de este verano han producido un arma mucho más justificada: el «mace», un gas que atonta a la víctima y la deja ciega momentáneamente. Este gas fue utilizado contra los negros de New Haven los días 19 y 20 de agosto y se prevé ya el empleo por la Policía de porras especiales que en un momento

determinado puedan convertirse en «lanzagases».

Esto nos trae a la memoria la declaración que hizo el dirigente juvenil negro Rap Brown, presidente del SNCC (Student Non Violent Coordinating Committee) el 18 de agosto, en el sentido de que su predecesor, Stokely Carmichael, se había trasladado a Vietnam del Norte para investigar informes según los cuales los jefes militares norteamericanos estaban «probando ciertas armas que podrían ser eficaces para destruir a los negros de los "ghettos" sin producir daños materiales». Carmichael, que había causado sensación en el mundo entero por sus llamamientos a la «resistencia armada», declaró: «Lo que está ocurriendo actualmente en Vietnam nos afecta a todos, del mismo modo que todo lo que nosotros hacemos afecta al pueblo vietnamita».

De ese modo, la crisis racial ha provocado una especie de «escalada» contra los disturbios.

Hay síntomas muy claros de que el Pentágono desea probar esas armas en Vietnam. Uno de ellos lo encontramos en la encuesta llevada a cabo por el Traveller Research Center, subsidiario de una gran compañía de seguros, sobre la posible reacción psicopolítica del público en el caso de que los Estados Unidos se decidiesen a hacer uso de otros gases no letales en la guerra del Vietnam. El resultado de esa encuesta fue entregado a las fuerzas aéreas el año pasado, pero hasta ahora se ha mantenido secreto.

Es posible, sin embargo, que un sector del público apoyase tal decisión. Esto es lo que al menos se deduce de las numerosas cartas que se han venido publicando a lo largo de este año en la revista «Science», la más prestigiosa en su género, como consecuencia de la aparición en la misma de dos artículos firmados por Elinor Langer sobre los preparativos para una guerra en la que las armas serían gases y gérmenes. En el subsiguiente debate entre los lectores de la revista, de un nivel cultural generalmente superior al medio, hubo tantas cartas aprobatorias como de repulsa. Entre las primeras figuraba la de un estudiante para quien los científicos deben proteger a toda costa la riqueza del país. En la carta de un científico, dedicado a la investigación de armas bacteriológicas, se declaraba que hombres como él no tenían por qué sentirse culpables de nada. «La investigación para la defensa es una carrera totalmente honorable. La vida es así». Un guarda forestal manifestó: «Soy partidario del empleo de herbicidas en el Vietnam, ya que esto ayudará a nuestros soldados a salir del aprieto en que se encuentran actualmente. Con los herbicidas devastamos una zona biológicamente muy rica y transformamos su ecología, pero, ¿no es preferible el sacrificio de este área biológica al de tantas y tantas vidas norteamericanas?».

Los que se oponen a estos medios argumentan que, en cuanto se acepta el principio, el uso de herbicidas y gases lacrimógenos suele ir seguido del uso de gases letales y de gérmenes. La propagación de enfermedades por el aire, a diferencia de los gases lacrimógenos, se adapta perfectamente a las condiciones existentes en Vietnam del Norte. El «Manual del Ejército de Tierra 3-10» sugiere que las pulverizaciones que contienen gérmenes pueden utilizarse también en Vietnam del Sur dentro de zonas espe-



La ciudad de Arcyle, Minneapolis, quedó por un error bajo los efectos de una nube tóxica. La madre riega con desinfectante el triciclo de su hijo.

cíficas: «La capacidad de penetración de estas nubes de gérmenes y la relativamente pequeña dosis requerida para causar infecciones entre las tropas hacen posible que las municiones biológicas cubran amplias zonas en las que los objetivos no están localizados con precisión, pero donde se sabe que existen tropas enemigas... el objetivo puede ser tropas enemigas y civiles a la vez... El riesgo para las tropas amigas, no prevenidas y al alcance de la nube biológica, debe ser mínimo, de tal forma que no cause efecto en su moral».

No hace mucho tres médicos del Ejército de los Estados Unidos declararon en el «Journal of the American Medical Association»: «La presencia de tal enfermedad o la utilización de agentes biológicos podría tener, además, otro efecto: el del miedo. El miedo a exponerse a algo nuevo, algo que uno no puede sentir, ver, oler, creará numerosos problemas psicológicos. Los menores síntomas de enfermedad serán exagerados y los rumores se multiplicarán en cuanto se dé el primer caso de enfermedad».

En el folleto publicado por la Corporación de Análisis de Investigaciones se confirma que los objetos específicos han sido ya seleccionados. Miss Langer lo cita en su artículo publicado en «Science». Entre sus propios proyectos de investigación están: «la posibilidad de la lucha química en defensa de una zona del valle Nak-tong», «impacto del ataque químico en las cosechas de los guerrilleros» y «el valor de los tóxicos químicos en la lucha terrestre».

El año pasado le fue concedido a una mujer científica la medalla por servicios distinguidos, el más alto honor al que puede aspirar un civil norteamericano, por el «mejoramiento» del poder tóxico de un tipo de hongo que ha sido uno de los mayores azotes que ha sufrido la agricultura del continente asiático. En la librería del Congreso se traducen cuidadosamente los artículos que aparecen en las revistas médicas de la URSS. Un traductor dijo al reportero Seymour M. Hersh («New Republic», 6 de mayo de 1967) que «cualquier problema de salud pública que tenga el enemigo y que nosotros podamos empeorar es "interesante para nosotros"». Las compañías de drogas proveen al Cuerpo Químico del ejército un promedio de 5.000 sugerencias anuales sobre nuevos agentes tóxicos. Harvard, Yale y otras universidades trabajan en este sentido. Esta investigación ha provocado demostraciones de protesta entre estudiantes.

(Pasa a la página 77)

(Viene de la página 49)

estaba claro para los científicos que el nuevo gas secreto era uno que causaba la destrucción de su interruptor automático, inundando el cuerpo con una energía indomable.

Informes indicaron que los alemanes pensaron en el empleo del gas de nervios en las últimas fases de la guerra, pero no se decidieron a causa de su inferioridad aérea; y Albert Speer, el ministro nazi de material de guerra, testificó en Nuremberg que «sabía que se discutía el empleo de nuestros dos nuevos gases de combate, "Tabun" y "Sarin". Se creía que estos gases tendrían una eficacia especial; de hecho, produjeron los resultados más aterradores... Y no se conocía ni respirador ni otro tipo de protección contra ellos».

Después de la guerra, los aliados se apoderaron de las tres fábricas alemanas que habían producido gases de este tipo. El ejército soviético capturó una planta similar en Dyhernfurth, en Polonia. Hacia 1951, los Estados Unidos habían gastado la fabulosa suma de mil millones de dólares en investigación y reserva de gas de nervios. Esta cifra fue revelada por el general Anthony C. McAuliffe, jefe del Cuerpo Químico del Ejército. Sobrecoge más el hecho de que los ingredientes básicos del gas fueran extraordinariamente baratos y se encontraran en abundancia. La mayor planta productora de materias primas de este tipo está localizada en Muscle Shoals, Alabama. El Rocky Mountain Arsenal, cerca de Denver, Colorado, es el principal centro de fabricación de municiones de gas de nervios. Líquidos altamente tóxicos —el material de desecho— han sido bombeados en pozos profundos. Según el Pentágono, hay más de ciento cincuenta millones de galones almacenados.

¿Existe algún medio de proteger a los ciudadanos contra este tipo de arma?

Las mascarillas de gas de diseño convencional, especialmente cuando además llevan un tejido que rechaza al

líquido, pueden prevenir una dosis letal, pero puesto que el gas de nervios es invisible e inodoro será necesario algún sistema de alarma automático para poder recurrir a este tipo de protección. No se usa ninguna alarma de este tipo excepto en algunas instalaciones militares vitales.

Según informó el general Creasy en el Congreso de los Estados Unidos, las personas que han sido expuestas al gas de nervios de tipo letal pueden ser salvadas si se les puede inyectar una dosis de atropina: «Si se puede llegar a esto con la rapidez suficiente, se puede salvar la vida del hombre cuando la intoxicación no es excesiva». Un congresista preguntó: «¿Con qué rapidez habría que llegar?». El general vaciló y respondió: «Alrededor de treinta segundos».

Por todo esto, cinco mil científicos norteamericanos, incluidos diecisiete premios Nobel, transmitieron a Lyndon Johnson este año una petición en la que se solicitaba la abolición de la investigación y preparación de la lucha biológica y química sin excluir la labor de los agentes llamados «no letales»; señalaban que el uso de cualquier arma de este tipo por los Estados Unidos abriría el camino al empleo de otras en la implacable operación de la estrategia americana de la escalada.

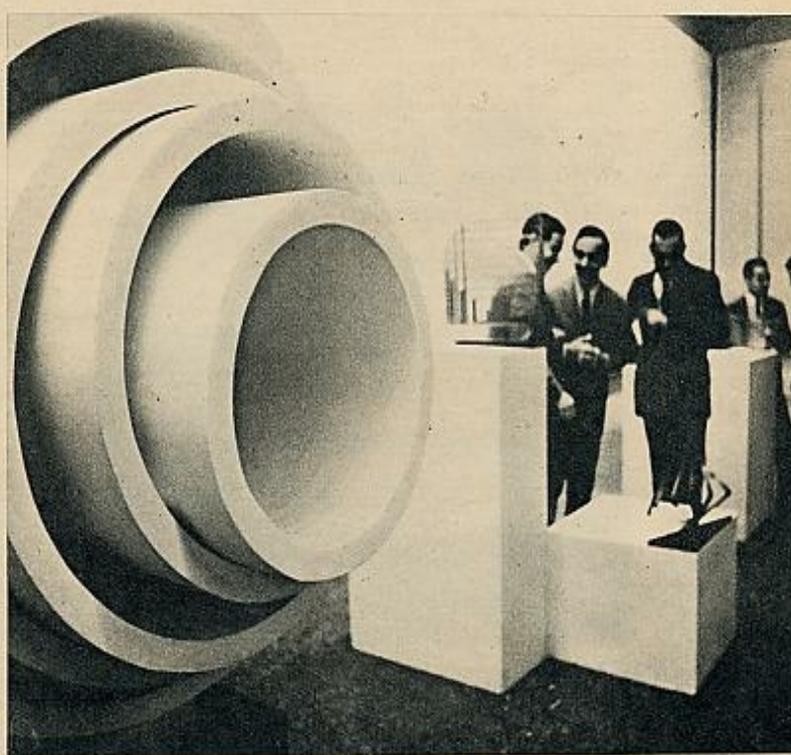
Las armas químicas y biológicas no letales comparadas con las armas atómicas pueden parecer relativamente benignas. Pero, aun cuando con el mejoramiento de tales armas pudiese conquistarse una nación sin derramamiento de sangre, las objeciones a su utilización seguirían siendo válidas.

Ahora bien, sería necesario un tranquilizador para impedir que la nación así conquistada se rebelara posteriormente. Los que lo consigan serán los vencedores supremos en un mundo de criaturas que temblarían frente a un ratón. Este mundo de sub-ratones puede atraer a los gatos. Parece una victoria superficial.

THOMAS BUCHANAN



Simulacro de pistola lanzagases. El objetivo será un negro, no un policía.



exposición alfaro

En la prestigiosa sala de la Dirección General de Bellas Artes expone actualmente el escultor Andrés Alfaro. Difícil sería resumir en breves líneas un juicio sobre la obra del artista. Cabe, sí, señalar alguna de sus características, como la arquitectónica estructuración espacial de volúmenes y formas, en que los escuetos y geométricos cilindros contenidos unos dentro de otros cobran una nueva unidad. Quizá sea ésta una de las notas más definitivas de Andrés Alfaro: a partir de elementos muy simples, de una sencillez matemáticamente franciscana —un cilindro liso, un prisma de madera, una serie de láminas planas, unas simples varillas, etc.— crear unidades rítmicas que parecen escapar a la vista del espectador y que, al mismo tiempo, se encuentran fuertemente ligadas en un todo artístico. Las rectas, las circunferencias y las espirales son acaso los elementos primarios, las unidades, de este mecano que, ahí está el mérito, rebasa lo puramente serial para cobrar categoría artística.

premio «leopoldo alas»

El XIII premio "Leopoldo Alas" para libros de cuentos exige a los concursantes las siguientes condiciones: los cuentos serán inéditos, no deberán sobrepasar las ciento cincuenta holandesas ni bajará de cien el número de holandesas; deberán remitirse dos ejemplares de cada libro antes del 31 de diciembre a Editorial Rocas, c. Laforja, 138, Barcelona. El premio consistirá en diez mil pesetas, la obra premiada será editada y los derechos de los tres mil primeros ejemplares se ceden al autor. La concesión del premio se hará a los dos meses de la fecha de admisión de originales.

los cerebros de la publicidad

De la profesión publicitaria el público solamente conoce su obra: los spots, los filmlets, los anuncios. Pero detrás de estos resultados de una profesión están los hombres. ¿Cómo son los hombres de la publicidad? Federico Gallo presentó el pasado día 7 su programa «Protagonista, el hombre», según guión de José Joaquín Marroquí, dedicado en esta ocasión a los publicitarios. El público de TVE pudo

conocer desde los futuros publicitarios, dos alumnos de la E. S. P., a los profesores, representados por el director de la Escuela S. de Publicidad de Barcelona, don Federico Munné, y a profesionales consagrados como don Francisco Izquierdo, don Roberto Arce y don Jorge Garriga. Una vez más, un programa de TV ha tenido la virtualidad de aproximarnos a la humanidad que late bajo los hechos, los productos, las cosas.

un artículo de 100.000 pesetas

Luis Alfonso Blanco Vila, periodista, veintinueve años, ha ganado las cien mil pesetas del III Premio "Temas" con el artículo titulado "Hagamos una pausa: ha muerto un niño". Se habían presentado doscientos ochenta y nueve artículos. El jurado, compuesto por el director general de Prensa, don Manuel Jiménez Quilez, don Victoriano Fernández Asís, don Angel María de Lera, don Aquilino Morello, don Bartolomé Mostaza, don Luis Ponce de León, don Luis Ayuso, don Emilio Colomina y don Francisco González-Servano. El Premio "Temas" está patrocinado por Construcciones Colomina G. Serrano, S. A.

SIGUE